

Desde el Vientre de la Sirena
Una Novela de Martin Cid
(Avance de los Primeros Capítulos)

La eternidad comenzó el 13 de noviembre de 1838.

I

España, zona norte

3 de agosto de 1838

42° 22' 34.68" N, 8° 51' 38.94" O

La inscripción

En un cielo calmado, la tragedia tomó su extraña forma.
No navegábamos solos.

¿Cómo era posible que ni uno solo de los marineros de guardia hubiese visto nada?

Aquella mañana de agosto, a apenas unas yardas del camarote del capitán, en la popa del Saint George, un extraño lema figuró grabado a cuchillo sobre la madera:

Aquel que beba la carne del cordero

Tomará mi sangre

Se convertirá en Rey

Y la Reina elegirá a Doce

Y juntos todos surcarán los Siete mares.

El capitán James H. Dover no era un buen hombre, ni siquiera un buen marino y, desde luego, nunca fue un buen esposo. Prefería encerrarse en su camarote a beber a solas que estar atento a lo que sucediera en cubierta. En su camarote, con su bebida, siempre solo o acompañado a veces, bebía y fumaba y bebía. Es lo que tiene haber estado casado.

Aquella bestia negra y sudorosa de rostro carnoso le arrancó la piel a tiras sin apenas dificultad mientras aún respiraba y el otro negro agonizaba. Aún estuvo vivo unos momentos mientras el coro recitaba su cántico, incomprensible aún para el capitán: Auareth, Auareth.

James H. Dover jamás entraba en contacto directo con la tripulación si podía evitarlo, dejando ese cometido a su segundo oficial, llamado Pierre Thomas, un chico un poco melindroso para los gustos del capitán, que hubiese

preferido a alguien sin duda más enérgico para tal tarea. ¿Sería capaz un muchacho de unos veinticinco años de contener a los marineros?

Dover golpeó la espalda de Thomas y le espetó a cumplir su tarea. ¿Quién habría escrito aquello? Los marineros, reunidos en cubierta, se miraban unos a otros sin encontrar respuesta. Dover respiró un momento antes de continuar fumando su larga pipa inglesa y no tardó en retirarse de nuevo a su camarote. A beber, desde luego.

Dover no salió de su camarote siquiera en marejada debido al pánico a sufrir una caída.

No mandó borrar la inscripción que nos acompañaría durante el resto de nuestro viaje sin rumbo.

Éramos veinte o treinta marineros y sólo unos pocos oficiales. Nada tiene que ver un oficial de marina con el del barco comercial: lustre y elegancia en los primeros, miedo y vergüenza en los otros.

-¡¿Qué estáis mirando?! –gritó el joven Thomas, segundo de abordó, fingiendo energía, fingiendo dureza, aparentando su verdadera edad. Los demás se sonreían sin apenas tapujos.

-Él tendría que estar más preocupado que nadie –me susurró alguien cercano.

-¿Habéis notado cómo se finge francés? –dijo otro susurro.

-¡Fuera de aquí! –volvió a gritar Thomas para un segundo más tarde él mismo salir corriendo.

Y es que Thomas también era un cobarde como el capitán.

Y todos en el Saint George lo sabían.

Bordeábamos Finisterre para detenernos en Lisboa, importante centro de comercio y uno de los mejores lugares para que un marinero pudiese prepararse para el largo viaje. El barco atracó en puerto y nos dieron dos días

libres. La famosa Torre de Belén nos contemplaba a través de sus conatos islámicos. Presidían diez excelsos cañones el baluarte guardado por algunos soldados.

-Bajo los cinco pisos, los prisioneros sufren tortura y hambre en la Torre de Belén -aseguró no sin cierta atrevida ignorancia Josh, carpintero, “hombre para todo” de aberrante y grotesca presencia por su descarriada gordura.

-No me gustan los portugueses.

-Son tristes.

Nada sabíamos de nuestra misión, pero la paga era excelente. Se podría ganar hasta el doble que una embarcación normal y hasta el triple que en un barco de pesca. Sólo había una extraña y a la vez habitual condición: no entrar jamás en las bodegas.

Un tal Francis Cook era el dueño de la nave. Se había embarcado en la travesía para vigilar personalmente sus negocios. Los judíos, siempre judíos.

-Un hombre horrendo, sin duda –decían ya antes de embarcar.

-Una verdadera rata Cook... mírale como tuerce la mirada y se esconde tras los anteojos gastados –comentaban algunos.

-Nada bueno puede ocurrir cuando no manda el capitán.

-Ya nadie confía en él.

Y los marineros se observaban ya con recelo, ya con envidia.

¿Quién beberá la carne, marinero?

Recuerdo un barco distinto tras pasar aquellos dos días en tierra. El lustre que un día lució en Bristol, puerto del que partíamos, había desaparecido en la siempre triste Lisboa.

-Parece que el barco se haya vuelto portugués –dijo Romeo, cocinero del barco, una especie de turco-judío o

judío-turco que aunaba lo peor de cada mundo. Todos le miraron extrañado, eran las primeras palabras que pronunciaba aquel turco al que todos odiaban pero al que todos respetaban por miedo a que envenenase la comida.

El Saint George fue en su día una goleta americana atrapada por los ingleses, rebautizándola con su nombre actual. Sin embargo, aquel navío aún poseía la grandeza en sus cuatro palos, enorme para una goleta, la leyenda de su glorioso pasado y el triste brillo de las mil cargas y piraterías que su casco vivió.

-Mirad a Cook el bastardo –susurros y más susurros sin nombre-. Siempre sonrío al escuchar su nombre. Cook, Cook... ¡vieja rata vieja y vanidosa con tu viejo barco viejo!

Todos conocíamos aquella historia, ridícula como todas las historias de tierra.

-El dragón tenía aterrorizado al pueblo y, cuando se quedaron sin comida para darle...

-Decidieron entregarle a la princesa –completó un segundo desde el fondo.

-Y fue cuando San Jorge mató al dragón por defender a la dama, marinero –terminó el primero.

-Y de la sangre del dragón surgió una rosa...

-Que el caballero entregó a la princesa.

-Me dan ganas de orinar –dijeron desde el fondo.

Mientras levamos anclas, algunos de nosotros mirábamos a puerto con una extraña nostalgia, casi conscientes de lo que estaba a punto de suceder.

-Las sirenas guardan del reposo, pierde cuidado. ¿Es tu primera vez?

Extraña sabiduría la del mar.

Más allá nos esperaban las costas de África hasta tomar las corrientes que nos llevasen hasta las islas del Nuevo Mundo atravesando el Atlántico.

No hay marcha atrás.

Es ahora el cielo más azul que el mar.
El Saint George nada ya con alas de fuego.

47

Soy quién tú quieres, con la forma que quieras. ¿No tuviste madre, pequeño? Soñaste con una bella mujer de largos cabellos rubios, algo rizados y labios sonrosados, algo hundidos. Te sonrío, ¿puedes sentirlo ahora? Te sonrío ahora y te acompaño, duermo, duermes, duerme. ¿Cómo puedes echar de menos a alguien al que no has conocido, cómo puedes añorar lo que tu mente no puede dar forma? Yo tuve un hijo una vez, devorado por mis hermanas, envidiosas y mentirosas, calumnias, sal y aceite y mar y tiempo y tierra allá a lo lejos, cuando todavía conservábamos nuestras alas marchitas de ceniza y miel. ¿Quieres que te cuente la historia? Acurrúcate, no seas tímido pequeño, ¿no habías visto antes los pechos de una mujer? Acércate, pequeño, acarícialos si quieres, siéntelos. ¿De qué color tengo el pelo? ¿Son bellas mis piernas? Para ti, hoy, adoptaré la forma que más te guste y te susurraré aquello que más quieras, seguro que un chico de tu edad ha soñado con estar con una mujer. Vamos, no seas tímido y tócalos. ¿Quieres que yo también te acaricie? ¿Qué te gustaría, pequeño Pip de pelo enmarañado? ¿Qué quieres pedirme hoy? ¿Qué quisiste pedirme mañana? Adelante, no son escamas ni algas, las dejé en las islas para ti, las dejé en tierra, donde mis alas yacen junto con los caparazones muertos de mis hermanas. ¿Así? ¿Es eso lo que te hace sentir bien? ¿No es eso lo que quieren todos desde que apenas son unos críos? No te avergüences y déjate llevar, deja guiar mi mano. Deja que me acurruque junto a ti, Pip, deja que junte mis piernas, deja que nuestra piel se toque. Estoy fría, tengo frío y el frío roza mis labios, ¿sientes el frío? Frío de miedo, el que mi hijo sintió. Así, no te

preocupes. ¿Sientes mis pechos cerca? No, no sientas más miedo. ¿De qué color es ahora mi pelo? Sí, lo sé, te gusta rubio como el de madre, con pequeños mechos que caen sobre tu cuello y que te acarician, es la mejor parte. Déjame hacer a mí, deja que tu madre te cuida, yo haré con mis manos, yo haré con mi rostro y ahora gírate despacio, gírate y deja que te quite eso, sí, así... te beso el cuello y te abrazo con mis piernas, te hago prisionero con mis brazos y me detengo en tu oreja, pequeño Pip, pequeño marinero. ¿Dónde dejaste a mamá? A lo mejor está ahora cerca del cadáver moribundo de mi hijo, aún siento cómo se agita, aún siento como gime mientras las dos arpías maúllan desprecios porque siempre fui yo la más bella, la de la voz más dulce y la de los pechos más marcados. Sí, así, Pip, deja mi mano, deja mi mano hacer, deja que mi mano se deslice y te acaricie leve, que no nos escuchen los otros, que sientan celos, tal vez un poco, ¿te apetece, pequeño Pip? ¿Escuchas el mar? Mi hijo también lo escuchó, mi hijo también sintió en sus pequeños bracitos su resquemor, ese suave de la mañana que agasaja y brilla. ¿Así? ¿Me sientes ahora cerca? Siente mis piernas siente mis senos siente mi mechón cayendo sobre tu labio y mis manos cercanas. Sí, siente el mar que te acaricia y mis muslos suaves y mis manos que son las tuyas, dame el compás y así escucharé también corazón de mi hijo muerto, así le escucharé gemir unos segundos más y le veré respirar por última vez, así sentiré cómo se desangra, así sentiré cómo su vida se escapa así sentiré como sus pulmones dejan ya de latir. ¿Tenéis hambre, hermanas? Os miro ahora petrificada en sal, os miro ahora desde la tierra y la nada y desde el todo, desde un océano pacífico, desde un océano terso y suave, desde el océano de mi corazón roto y vengativo, desde mi corazón de sirena, sí pequeño Pip, ahora, ahora, ahora.... Con la espuma también del mar, no temas, no temas, soy Thalía, la sirena, y ésta es mi historia.

XXXVIII

En algún lugar de Inglaterra, años atrás

Era una noche clara y apenas chispeaba suavemente sobre el puerto, no recordaba exactamente en cuál. Francis Cook caminaba embutido en su sombrero, ya calado. Le gustaba mirar a las prostitutas mientras copulaban, o incluso que le ofreciesen sus servicios, aunque nunca solía contratarlos. La miró despacio y ella le sonrió entre coqueta y burlona, como sólo saben hacer las fulanas y los payasos del circo. Tenía el pelo grasiento y seco a la vez, enredado e iba muy pintada. Los labios gruesos, y de entre su sonrisa dejaba escapar aquella boca sin dientes, que olía a anís y fornicación.

—¿Usted es el armador, verdad? —preguntó ella con tono casi cómico.

Francis Cook sonrió con la ironía del que pretende pasar de incógnito pero le gusta ser reconocido. Asintió y dejó ver su larga nariz, esa nariz que dicen ‘de judío’. A pocos metros, un hombre fumaba un cigarrillo y les observaba atentamente. Cook distinguía a la policía con facilidad, y aquel tenía toda la facha de buscar un sobresueldo en los muelles. Sin embargo, aquella noche era diferente y Cook se sintió aventurero. Lanzó una moneda a la mujer, que no tardó en recogerla del suelo y llevársela a la boca para comprobar su autenticidad.

—¿Vamos?

Los dos se dirigieron a un callejón algo sórdido para el gusto de Cook (aunque ciertamente Cook gustaba a veces en secreto de lo sórdido y, sin duda, estaba disfrutando con aquella situación). La mujer le cogió de la mano y los se situaron tras unas cajas que almacenaban algo podrido con un olor nauseabundo que al menos disimularía el propio olor de la prostituta. No tardó ella en llevar su mano a la

entrepierna de Cook y desabrochar un botón. Ella reía constantemente, mientras él comenzaba a excitarse. La mujer se bajó ligeramente la blusa y le enseñó los pechos y comenzó a manejar la entrepierna de Cook para tocar su miembro viejo y flácido, carente de todo interés. Pero un judío, como dicen, siempre será un judío y notó algo más que se deslizaba por su chaleco y se apartó inmediatamente, dejando al aire aquel colgajo de piel muerta. Allí se encontró a un niño de unos siete años, vestido con harapos y con el pelo cortado al cero como los esclavos, para evitar los piojos –suponía el armador-. Había intentado robarle el reloj, y todos sabemos lo que vale un reloj para un judío.

Cook se guardó su miembro hinchado despacio, permitiendo incluso que el niño lo mirase. El viejo se cercioró de que el reloj de oro siguiera en su sitio antes de llevarse la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacar un pequeño cuchillo, poco más que una navaja.

–¿Os conocéis? –preguntó el viejo judío mientras se acercaba lentamente al chaval aterrorizado. Sabía la verdad antes de escuchar a aquella cosa llorar.

–¡No! –gritaron casi a la vez. En la lejanía, Cook pudo ver otra vez al policía, que no perdía detalle de la escena.

El viejo cogió al pequeño por la oreja y le acercó el cuchillo. El niño lloraba desconsolado, mientras la prostituta permanecía petrificada, con los ojos inyectados en sangre y los pechos descubiertos. Cook extendió bien la oreja llena de roña y suciedad, tirando fuerte para que aquel crío no se escapara. Gritaba y gritaba.

–¡Mamá! ¡Mamá! –pero la prostituta permanecía impertérrita, prefiriendo que le cortasen la oreja a su hijo y mantenerse con vida a algo peor.

Cook no vaciló y con precisión de cirujano comenzó a cortar la oreja, de la que brotó un poco de sangre, no demasiada. Odiaba cuando alguien sangraba demasiado,

era tan vulgar. Fue un corte casi limpio aunque postergó el momento lo más posible para que el chaval sufriera más. Esta vez, aquel colgajo viejo y sucio de su entrepierna volvió a ser lo que fue cuando un día fue joven. Le gustó mirarle a la cara y escucharle gritar mientras su madre miraba cómo cortaban a su hijo. Para finalizar, dejó un pequeño trozo de carne colgando, que finalmente arrancó con un fuerte tirón sin usar el cuchillo. Ya con la oreja en la mano, miró la escena un momento. No dijo una sola palabra, el chaval se vino al suelo llorando aún. La mujer también gemía mientras se tapaba la cara con las manos. Cook miró por última vez la oreja del crío, aún manchada de sangre y se la arrojó a la fulana. Guardó su miembro excitado y se abrochó el botón de la bragueta antes de mirar orgulloso en derredor y marchó hacia el policía, que aún seguía mirando la escena sin mover un solo músculo. Cook le arrojó dos monedas al suelo y se quitó el sombrero para atusarse la melena ya gris, ya amarillenta. El policía recogió las monedas con celeridad. Es lo que tiene el dinero.